

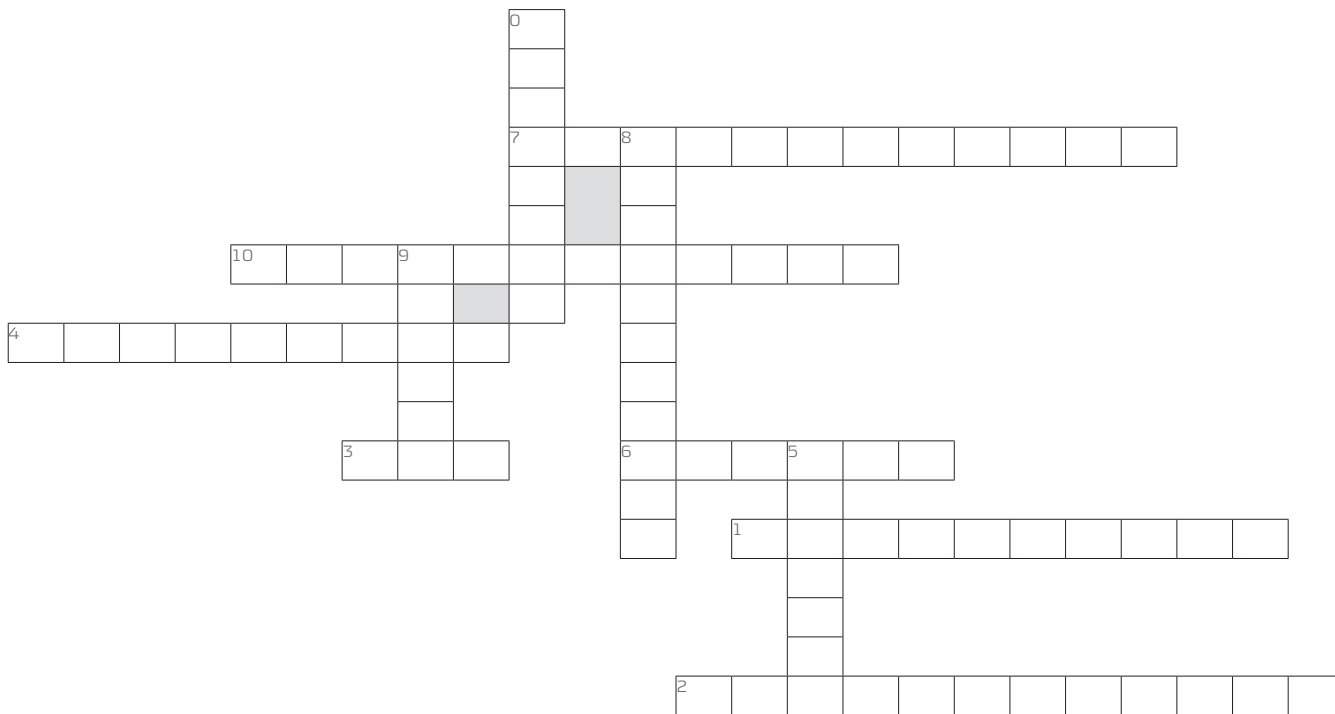
¿Cómo usar este

libro?

Usarlo como un crucigrama. Porque no solo se lee, está pensado para ser reescrito, para ser tachado. Para jugar con él. Porque apela a la idea del cruce, del encuentro, parte esencial en la propuesta teórica y metodológica de este libro. Porque no existe una lectura lineal de él, sino que está hecho de múltiples itinerarios, de voces cruzadas que constantemente se vuelven a cruzar. Quizás porque el paseo al que os invitamos se presta a ser circular, enmarañado.

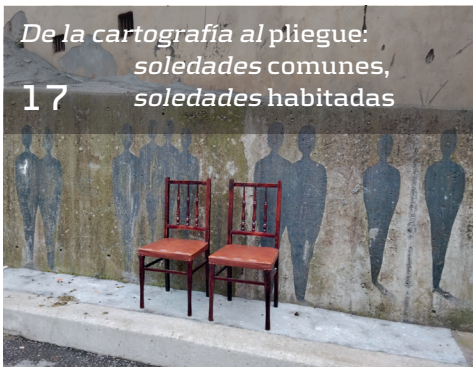
0. Las soledades, sus vivencias. Es eso lo que se encuentra entre estas páginas. Intuirlas, sentir-las y remediarlas son nuestras apuestas para comprenderlas.
1. Este libro, al igual que las reflexiones que en él se encuentran, es el resultado de un proceso que comenzó con un taller de fotografía participativa.
2. Este libro se conjuga en plural desde la conversación. Por ello la coautoría. Cada capítulo está escrito, fotografiado, evocado, por una de las participantes en el taller junto a algunas de las investigadoras de *Bakarzain* —distinción preestablecida que hoy ya, tras este libro, carece de sentido—.

3. La coautoría, sin embargo, no borra voces, no las superpone, no las funde, guarda la singularidad y respeta los acentos distintos, las distintas tonalidades. Si los capítulos se escriben a dos voces, también lo hacen a dos colores.
4. En este libro habitan reflexiones compartidas, pero ellas solo toman forma a través de los textos en bruto de las participantes del taller, sus fotografías y los fragmentos de las conversaciones que hemos mantenido durante más de un año. La soledad, por fin, se deja entrever a la sombra de esos materiales que construyen cada capítulo.
5. Este libro no solo se lee. Es un artefacto en el que reposan los ojos y cuyos pliegues acarician la piel. Por lo tanto, se lee, se escucha, se observa, e incluso se siente. Reducirlo a texto es anular su sentido.
6. El diseño y la maquetación de estas páginas no son un gesto estético, sino una propuesta teórica. La soledad también se entiende desde ahí.
7. El orden existe para ser subvertido. También en este libro. Los itinerarios a los que se presta son múltiples. Como en *Rayuela*, experimentar con la ordenación es experimentar con la significación. Y está en vuestras manos.
8. Esto puede ser un libro de fotografía, de conversaciones, de anécdotas, de poesía, un conjunto de biografías, un texto académico... Para no agotar las opciones no solo se combinan lenguajes, sino que también se dispone el apartado metodológico al final. Para que esta última opción sea solo una posibilidad, no toda la realidad.
9. Las reflexiones con las que finaliza este libro son solo una tentativa. Una no-conclusión, una apertura. Un abrazo, una invitación.
10. El libro al completo es un acto de agradecimiento. Agradecimiento a todas las personas que han posibilitado un pensar juntas, que es ya un acto simultáneo de derrota y acogida de la soledad.



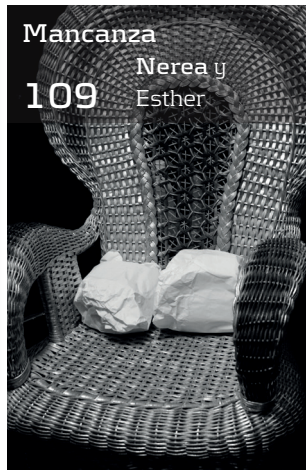
*De la cartografía al pliegue:
soledades comunes,
soledades habitadas*

17



*Mancanza
Nerea y
Esther*

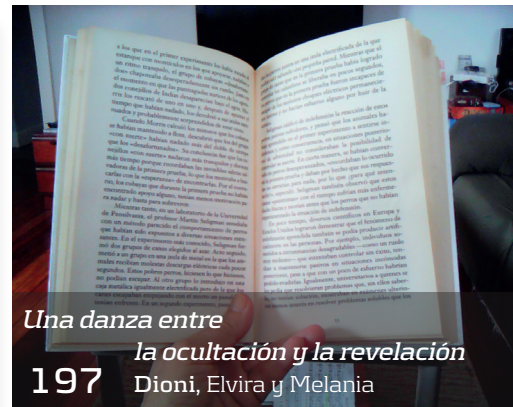
109



*Una danza entre
la ocultación y la revelación*

197

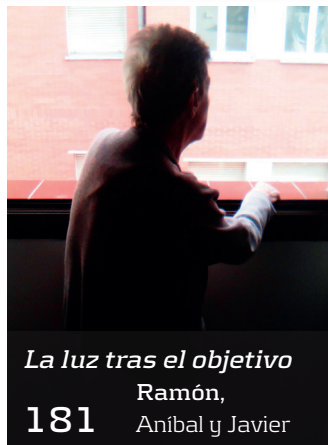
Dioni, Elvira y Melania



Índice

La luz tras el objetivo
Ramón,
Aníbal y Javier

181



La metáfora de la ausencia
Begoña y
Virginia

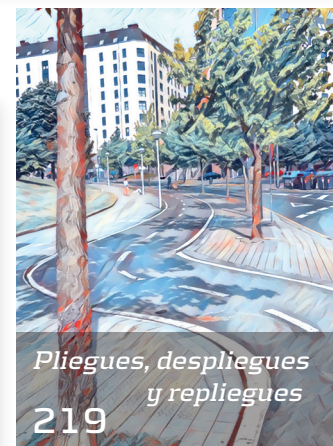
57



Prestar atención
Marita,
Aitor y Vannesa

33





De la cartografía al *pliegue*: soledades *comunes*, soledades *habitadas*

Hay ocasiones en las que los principios no se pueden explicar sin algunos finales. En esas ocasiones los finales abren posibilidades que, paradójicamente, evaden el cierre. Un final como apertura, en todos sus sentidos, es lo que inicia el libro que tenéis en vuestras manos. Una apertura no porque abra este libro, sino, especialmente, porque tenemos la esperanza de que pueda iluminar adecuadamente nuevas formas de hacer, nuevas formas de pensar. Apertura como iluminación. No de corte intelectualista, sino de forma común y errática. Porque común y errática ha sido la forma en la que desde *Bakarzain* hemos intentado acercarnos de nuevo a la soledad, principal objeto de reflexión de este libro.

Os situamos. Es 24 de junio de 2022 y, como os comentábamos, ha llegado el final. Abierto, parcial, irresuelto. Pero final. Tras cuatro sesiones intensas, en ocasiones divertidas y en ocasiones realmente duras, hemos acabado los talleres de fotografía participativa sobre la soledad que hemos estado realizando en BBK Kuna, Bilbao, un grupo de doce personas, nosotras mismas incluidas. Todas las tardes de los jueves de este mes las hemos pasado juntas, desbordadas y desbordándonos en común. Pensar juntas la soledad ha sido nuestra forma de hacerle frente. Porque para ello hemos compartido no solo tiempo, sino también intimidades, dolores, sufrimientos, alegrías... Y, sobre todo, escuchas. Aquello que tantas veces ansiamos para calmar nuestras soledades, en especial en un mundo que parece invitar a cruzar voces sin ser conscientes de los ecos de las mismas. Nos hemos escuchado y hemos mirado a donde apuntaban las miradas de los otros. De ahí surge el desborde. Un desborde que hemos tratado de calmar parando, bebiendo un poco de agua, con miradas cómplices, con un leve contacto físico —un posar la mano en un hombro—.

Respiramos.

Seguimos.

Nosotras mismas nos hemos expuesto, nos hemos emocionado, se nos ha erizado la piel. Nos hemos removido, nos han interpelado. Hemos vuelto a casa incómodas y hemos estado días pensando con la emoción encarnada. El afecto se ha hecho cuerpo, y desde ese cuerpo afectado, colectivo y singular a la vez, hemos replanteado lo que hace pocos meses habíamos escrito. No estábamos en lo cierto. Y no lo estábamos, precisamente, porque no nos habíamos dejado afectar, emocionar, desbordar.

Por todo ello es el momento de celebrar. Por los finales abiertos, por los encuentros, por los replanteamientos, por las compañías de todo un mes. Acabada la sesión, salimos a las repletas calles de San Francisco que celebran con vitalidad y alegría la Noche de San Juan que está a punto de caer. Algunas decidimos ir a un bar cercano a tomar algo. Que sirva de despedida, pero también de encuentro más allá de unas paredes que parecen siempre acompañar cierto sentido de lo institucional y que nos enmarcan en unos roles predefinidos, y eminentemente violentos, que siempre hemos querido tratar de superar.

Llegamos a una placita cercana donde por fin localizamos un bar en el que poder estar tranquilas y a gusto, charlando y respirando el poco aire fresco que parece correr en una tarde de verano asfixiante. Y es entonces cuando vemos un mural que nos resuena, nos es familiar. Miramos a Marita y encontramos en esa pared texturas que hemos visto ya en sus fotos. Efectivamente, el desconchado muro con aire decadente, decorado con figuras humanas ensombrecidas y lejanas entre sí, es el que elocuentemente ha mostrado Marita en alguna de las sesiones: la foto de las sombras que tanto nos fascinó la primera vez que la vimos. Pero esta vez, frente a ella, una presencia. Un par de sillas vacías, pero perfectamente colocadas una al lado de la otra. Un par de sillas que parecen estar dispuestas para el encuentro, proyectadas para la conversación, fabricadas para la intimidad, pero que sin embargo se encuentran vacías, deshabitadas. Su vacío es un gesto melancólico que, como el mural, evoca presencias desvanecidas por el tiempo, en la cotidianidad.

Nos acercamos, y sin mediar mucha más palabra, prácticamente todas fotografiamos la escena. Dis-

tintos ángulos, distintas luces, distintas sombras, distintos enfoques. Distintos estilos que nos muestran un caleidoscopio que a partir de miradas y experiencias fragmentarias dejan ver una realidad múltiple y siempre cambiante. Una foto de todas. Una foto de ninguna. La última foto del taller, la primera foto de este libro.

Si hemos elegido esta anécdota, esta foto, para comenzar este texto, es porque encarna a la perfección el espíritu que este trata de tener. El libro que tenéis entre las manos surge del diálogo, del encuentro, de la conversación. Un encuentro producido, inventado, no natural. Un encuentro entre personas diferentes, entre estilos y registros diversos, entre formatos dispares. Entre miradas singulares tejidas en la escucha común.

Es por ello por lo que este libro, las reflexiones que en él se encuentran, al igual que aquella foto, no es de una, ni de otra, ni de nadie. Porque el diálogo, la conversación, es una práctica colectiva imposible de reducir a la individualidad de las hablantes. Y este libro, precisamente, es un diálogo que trata de esclarecer la diversidad de sentidos y experiencias

en la vivencia de la soledad contemporánea. Una conversación mantenida durante un año, a distintos ritmos, entre diecinueve personas: Marita, Aitor, Vannesa, Begoña, Virginia, MKL, Juan Ramón, Nerea, Esther, Yolanda, Belén, Juankar, Óscar, Ramón, Aníbal, Javier, Dioni, Elvira y Melania. Un diálogo entre personas con distintas trayectorias, edades, ocupaciones, formaciones, intereses... que se han igualado, o eso hemos intentado al menos, para producir una interesante reflexión compartida que, guardando los estilos, peculiaridades y trayectorias de cada cual, tiene un poco de todas, sin llegar a ser todo de nadie.

Por ello, este libro trata de romper con algunos de los consensos establecidos de la producción académica hegemónica. Rompe con la violencia epistémica de la separación valorativa investigador-informante, eco de una más que caduca antagonización sujeto-objeto. Lo hace mediante una coautoría como mueca de reconocimiento, restitución de saberes y justicia epistémica que simboliza el tránsito del escribir-sobre al escribir-con. Y es que, en el proceso que aquí se cierra, investigadoras hemos sido todas y, como tal, lo reflejan nuestros nombres. Nombres

que no son representaciones personalistas, sino formas de dar la cara, formas de poner el cuerpo.

El texto, y el proceso del que surge, rompe igualmente con la pretensión de verdad y universalidad, con la pretensión de objetividad positivista. Su gesto trata de ser mucho más modesto, y ambicioso a la vez. Este libro no explica nada, no representa nada. Trata de interpelar mediante la experiencia, y para ello hace emerger un coro de voces en una polifonía que busca invitar a continuar con el problema, a continuar el diálogo, a extender el encuentro más allá de estas páginas. Y es ahí donde surge la fotografía, no como representación, sino como pretexto, como invitación, como forma de movernos a nuevas reflexiones. Frente al cierre, al menos momentáneo, de la lectura en una misma, el despliegue de la conversación animado por las imágenes. Frente a la autoridad de lo dicho, la imaginación —eminente política— de lo evocado. Frente al presente dado, el futuro a construir.

Por último, la propuesta que hacemos rompe con la falsa exterioridad que se presupone a la investigadora. Todas las personas que escribimos y muestra-

mos fotografías en estas páginas hemos aceptado el reto de mirar a la cara a las soledades, a nuestras soledades o a las de las demás, y tratar de escribirlas, fotografiarlas. También aquí la anécdota funciona como prisma. Todas fotografiamos, todas nos desbordamos, todas nos ponemos en medio. Este proceso no es inocuo, no nos deja intactas. Por el contrario, este año nos ha movido, nos ha transformado. Nos ha co-implicado en un proyecto común, en una reflexión común, y, desde ahí, todo suelo ha temblado. Y lo ha hecho generando dudas, incertidumbres, que, lejos de aterrorizarnos, nos han dado opción, oportunidad. Oportunidad de repensar. De repensar juntas. Tejer relaciones y escuchas ha transformado las nociones de soledades que desde nuestros solitarios escritorios manejábamos y, hoy, vemos que no eran sino parciales. Así, desde la cartografía de nuestro tiempo hemos dado paso a los pliegues de la cotidianidad. Tratar de pensar cómo habitarlos e invitaros a ello, junto a nosotras, es la mayor aportación con la que este texto puede soñar.

En las hojas de este libro se despliegan las vivencias de diecinueve personas que nos hemos conocido y citado en un lugar muy concreto, el centro BBK Kuna de Bilbao la Vieja. Desde esta topología concreta, al otro lado del puente de San Antón y a las orillas del Ibaizabal que-remos situar nuestra creación colectiva de saberes, un conocimiento encarnado que dé cuenta de las profundas ambivalencias de la experiencia de la soledad.